CORONA DE ADVIENTO



Mes Dominicano

Por la Paz

México

2026

«Con la fuerza de la memoria y la verdad, sembramos justicia y paz en México»

MES DOMINICANO POR LA PAZ 2026 MÉXICO
«Con la fuerza de la memoria y la verdad, sembramos justicia y paz en México».

Cada año, desde el primer domingo de Adviento hasta la solemnidad de la Epifanía del Señor, la Familia Dominicana celebra el Mes Dominicano por la Paz, un tiempo de oración, reflexión y compromiso fraterno que pone su mirada en un país marcado por situaciones de conflicto, sufrimiento e injusticia.

En esta ocasión, nuestra atención se dirige a México bajo el lema:
«Con la fuerza de la memoria y la verdad, sembramos justicia y paz en México». Durante este tiempo de gracia, las comunidades dominicanas están llamadas a promover espacios de oración, iniciativas solidarias y acciones pastorales que expresen la cercanía, la fraternidad y la esperanza de la Orden de Predicadores hacia el pueblo mexicano.

El Adviento es el tiempo de la espera vigilante. La Iglesia nos invita a preparar el corazón para la venida del Señor mientras caminamos entre las luces y sombras de nuestra historia. Encendemos esta corona para recordar que Cristo es la Luz del mundo, una luz que ninguna oscuridad puede apagar; una luz más fuerte que la violencia, la impunidad, el miedo y el olvido.

En este contexto, queremos dedicar este espacio de oración a nuestros hermanos y hermanas desaparecidos y asesinados en México. Detrás de cada cifra hay una vida sagrada; detrás de cada número hay un rostro, un nombre, una historia y una familia que continúa esperando. Con ellos queremos caminar hoy, sosteniendo la esperanza que nace del Evangelio.

Sabemos que para miles de familias la palabra «espera» tiene un significado particularmente doloroso. No se trata solamente de la espera propia de la Navidad. Es la espera cotidiana, perseverante y desgastante de una noticia, de una respuesta, de un acto de justicia o del regreso de un ser querido.

La desaparición de tantas personas constituye una profunda herida abierta en el corazón del pueblo mexicano. Hablar de Adviento en medio de esta realidad es escuchar el clamor de quienes caminan en medio de la noche sin dejar de buscar la aurora. Es la voz de un pueblo que se niega a permitir que la oscuridad tenga la última palabra.

El Adviento no nos aleja del sufrimiento humano. Al contrario, nos introduce en el misterio de un Dios que quiso hacerse uno de nosotros precisamente en medio de nuestra fragilidad. Frente a la ausencia que duele, ante la silla vacía que permanece y la pregunta que parece no encontrar respuesta, contemplamos a Jesucristo, el Dios con nosotros.

El Niño de Belén no llega como un rey poderoso e indiferente. Nace pobre, vulnerable y expuesto al rechazo, a la persecución y al exilio. Desde la humildad de un pesebre nos revela la cercanía de Dios con toda persona que sufre. Su presencia nos evangeliza y nos interpela. Su fragilidad nos recuerda que toda vida humana posee una dignidad inviolable. Su llanto se une al clamor de los padres, madres, hijos e hijas que buscan a quienes faltan. Su nacimiento proclama que la verdad no puede permanecer escondida para siempre y que el amor es más fuerte que el miedo.

Desde la fe sabemos que nadie desaparece del corazón de Dios. Ninguna vida queda borrada de su memoria. La cuna de Belén nos anuncia que la violencia, la injusticia y la muerte no tienen la última palabra. En la pequeña luz del pesebre resplandece la promesa de que la verdad saldrá a la luz y de que el amor vencerá definitivamente al sufrimiento.

Por ello queremos acompañar espiritualmente al pueblo de México en este tiempo de Adviento. Que nuestra oración sea una presencia solidaria. Que nuestra fraternidad sea refugio para quienes sufren. Que el Niño Jesús fortalece a quienes perseveran en la búsqueda de la verdad, sostenga los pasos cansados de quienes trabajan por la justicia y conceda el consuelo que sólo Dios puede regalar.

Que cada vela que encendamos domingo tras domingo se convierta en memoria viva de quienes faltan.



SITUACIÓN ACTUAL DE MÉXICO

El pueblo de México atraviesa actualmente una profunda crisis humanitaria y una emergencia forense estructural que se manifiestan en los elevados niveles de violencia, el aumento constante de las desapariciones y la persistencia de amplios espacios de impunidad.

Según los datos más recientes, durante el año 2026 se documentan más de 135.000 personas desaparecidas en distintas regiones del país, especialmente en los estados de México, Tamaulipas, Jalisco, Michoacán y Nuevo León. Aproximadamente el 78 % de las víctimas son hombres, con especial incidencia entre los 25 y los 29 años de edad. Al mismo tiempo preocupa el incremento de desapariciones de mujeres adolescentes entre los 15 y los 19 años, frecuentemente vinculadas a situaciones de trata de personas y violencia de género.

Se trata de una realidad que afecta a múltiples sectores de la sociedad. Niñas, niños y adolescentes son víctimas de reclutamiento por parte del crimen organizado. Las mujeres y las personas LGBTIQ+ sufren formas específicas de violencia relacionadas con su condición y género. También continúan siendo especialmente vulnerables las personas defensoras de derechos humanos y los periodistas, perseguidos en muchas ocasiones por la labor que realizan. Del mismo modo, las personas migrantes enfrentan graves riesgos a lo largo de sus rutas de tránsito.

La violencia homicida continúa siendo elevada en varias regiones del país, especialmente a causa de las disputas territoriales entre grupos criminales. Estados como Sinaloa, Guanajuato, Guerrero y Michoacán viven de manera recurrente esta realidad. A ello se suman los asaltos violentos en carreteras, los bloqueos promovidos por organizaciones criminales y el desplazamiento forzado de numerosas familias que abandonan sus hogares para proteger su vida.

Uno de los signos más dolorosos de esta crisis es el colapso de muchos sistemas de identificación. Más de 70.000 cuerpos y restos humanos permanecen sin identificar bajo custodia del Estado mexicano, superando ampliamente la capacidad de respuesta de las instituciones forenses. A esta situación se añaden dificultades para el acceso a información necesaria para la búsqueda y numerosos riesgos que enfrentan las familias y colectivos de búsqueda, quienes continúan realizando su labor en medio de amenazas, agresiones e incluso asesinatos.

Toda esta realidad ha generado una profunda crisis de derechos humanos. Miles de personas han sido víctimas de violencia extrema, agresiones sexuales, trata de personas y otras violaciones de su dignidad fundamental. Esta situación ha afectado no sólo al pueblo mexicano, sino también a familiares, amigos y miembros de nuestra propia Familia Dominicana.

Por ello, mediante este ritual de la Corona de Adviento, queremos unir nuestra voz y nuestra oración a la de nuestros hermanos y hermanas de la Orden de Predicadores en México. Queremos acompañar espiritualmente a quienes sufren, sostener la esperanza de quienes buscan la verdad y pedir al Señor que conceda el don precioso de la justicia y la paz.



LA CORONA DE ADVIENTO

El Adviento es un tiempo de esperanza. La Iglesia nos invita a preparar el corazón para recibir al Señor que viene, renovando nuestra confianza en la fidelidad de Dios y abriendo nuestra vida a la acción de su gracia.
Esta espera no es pasiva ni resignada. Tampoco se trata de una alegría superficial que ignore el dolor del mundo. El Adviento es una esperanza activa que se convierte en oración, compromiso y solidaridad. Es un clamor que brota desde las heridas

de los pueblos y una memoria que se resiste a olvidar a quienes sufren.
Prepararnos para la venida del Señor significa disponernos para reconocer su presencia en la historia. Dios sigue viniendo a nuestro encuentro. Sale al paso de nuestras búsquedas, de nuestras luchas y de nuestras esperanzas. Por eso queremos recorrer este camino espiritual con el corazón abierto y con la mirada puesta en Cristo, que viene para habitar entre nosotros.

A lo largo de este tiempo repetiremos con fe la antigua súplica de la Iglesia: «Ven, Señor Jesús». Pero esta oración debe ir acompañada también de una respuesta generosa por nuestra parte: «Aquí estoy, Señor; cuenta conmigo». Porque el Adviento no sólo nos prepara para recibir al Salvador; también nos impulsa a colaborar con Él en la construcción de un mundo más justo, más humano y más fraterno.

El Adviento nos recuerda igualmente la dignidad a la que hemos sido llamados. Somos peregrinos que avanzan hacia la plenitud de la vida. Por ello estamos invitados a ponernos en camino, a renovar nuestra conversión y a dejarnos conducir por la luz de Cristo.

Entre los signos más hermosos de este tiempo se encuentra la Corona de Adviento. Su forma circular simboliza la plenitud, la unidad y la vida que no tiene fin. El círculo reúne y abraza. Nos recuerda que la esperanza cristiana nunca es individualista, sino comunitaria. Caminamos juntos como pueblo de Dios.

En el contexto de este Mes Dominicano por la Paz, la corona nos ayuda además a recordar que quienes han desaparecido no son olvidados. Siguen formando parte de nuestras familias, de nuestras comunidades y de nuestra memoria colectiva. Permanecen presentes en el amor de Dios y en el corazón de quienes continúan buscándolos.

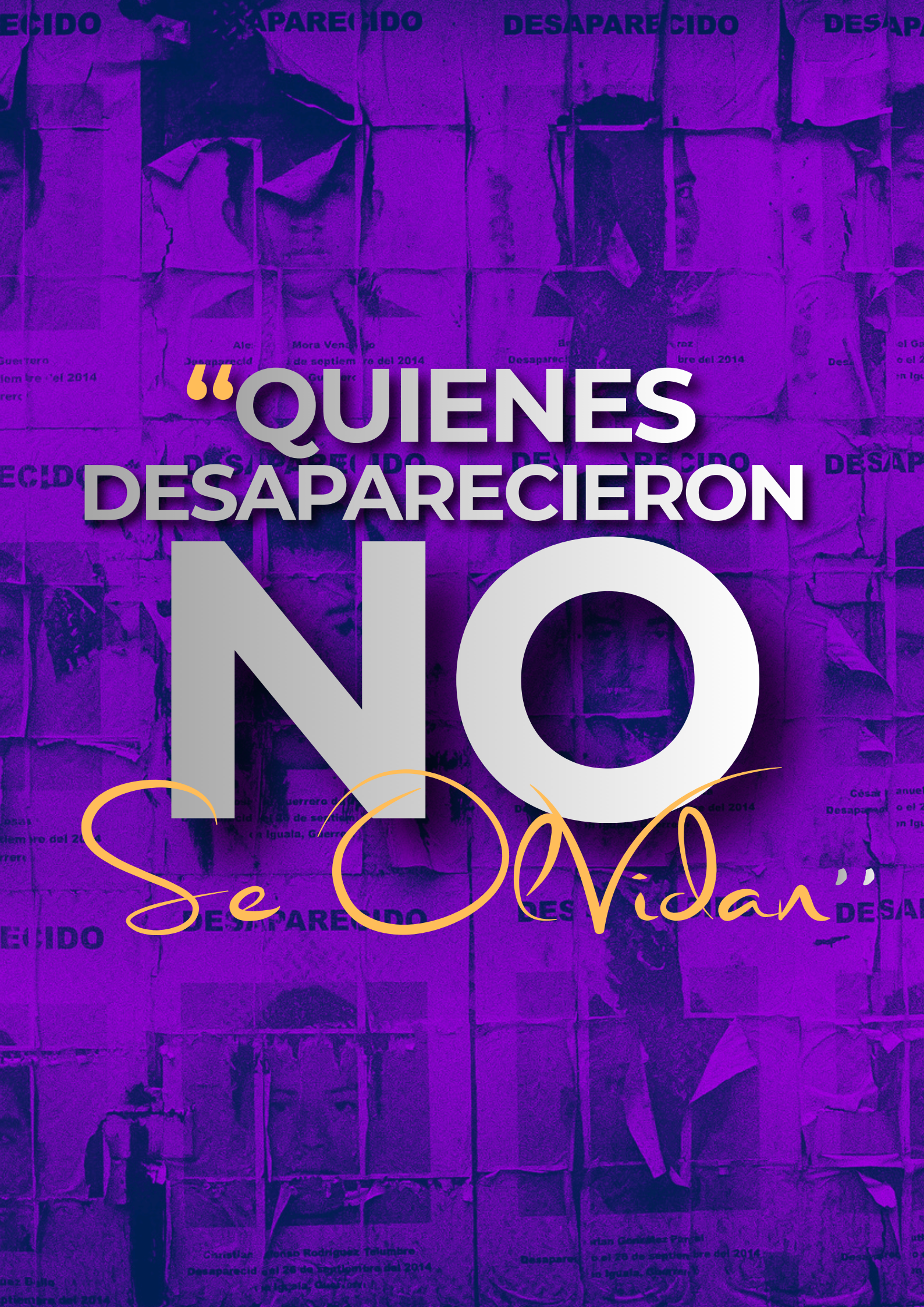
Las ramas verdes expresan la vida que permanece y la esperanza que no se extingue. Son signo de la fidelidad de Dios y reflejan la perseverancia de tantas madres, padres y familiares que siguen buscando a sus seres queridos con admirable fortaleza y valentía.

La corona está formada tradicionalmente por cuatro velas, tres moradas y una rosada. Cada una de ellas marca el avance del camino hacia la Navidad. La luz que brota de estas velas nos recuerda que Jesucristo es la Luz del mundo y que toda oscuridad será finalmente vencida por su presencia.
En esta celebración, cada vela encendida quiere ser también un signo de la búsqueda de la verdad. Su luz ilumina los caminos ocultos, rompe el silencio impuesto por la injusticia y mantiene viva la esperanza de quienes esperan respuestas.

Encender las velas de la corona semana tras semana representa el paso progresivo de la oscuridad a la luz. Es una imagen del camino de la fe y una proclamación confiada de que la vida triunfará sobre la muerte, la verdad sobre la mentira y la justicia sobre la impunidad.

Los lazos blancos y rojos que adornan esta corona expresan igualmente una profunda realidad espiritual. El blanco representa el anhelo de paz, verdad y reconciliación. El rojo recuerda la sangre derramada de tantas víctimas de la violencia, incluidos periodistas, defensores de los derechos humanos, agentes pastorales y personas inocentes que han sufrido las consecuencias de la injusticia.

Mientras avanza el Adviento y aumenta la luz de la corona, renovamos nuestra confianza en Cristo. Él es nuestra esperanza. En Él descubrimos la certeza de que ninguna lágrima se pierde, ningún sufrimiento queda ignorado y ninguna vida es olvidada por Dios.


"QUIENES
DESAPARECIERON
NO
Se Olvidan"

BENDICIÓN DE LA CORONA DE ADVIENTO

Guía:
En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Todos: Amén.
Nuestro auxilio es el nombre del Señor.
Todos: Que hizo el cielo y la tierra.

Oración para bendecir la corona
Señor Dios, Padre de la vida y fuente de todo consuelo:
Te presentamos esta corona de Adviento, signo de esperanza para tu pueblo peregrino. Te pedimos que la bendigas y la santifiques con la fuerza de tu Espíritu Santo.

Bendice estas ramas verdes que proclaman la victoria de la vida sobre la desesperanza. Bendice estas luces que anuncian la llegada de Cristo, Luz verdadera que ilumina toda oscuridad.

Al bendecir esta corona, bendice también a todas las familias que viven el dolor de la ausencia, especialmente a quienes siguen buscando a sus seres queridos desaparecidos.

Que cada rama nos recuerde la dignidad inviolable de toda persona humana. Que cada luz mantenga viva la memoria de quienes faltan. Que cada semana de Adviento fortalezca nuestro compromiso con la verdad, la justicia y la paz.
Haz que esta llama no sea un simple adorno, sino una llamada constante a la conversión del corazón. Que nos ayude a reconocer tu presencia entre los pobres, los que sufren y los que esperan.
Señor, que la voz profética de este Adviento nos impulse a derribar los muros del miedo, la indiferencia y el silencio. Que tu luz ilumine nuestros caminos y nos conduzca a la libertad de los hijos de Dios.
Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor, Luz del mundo y Esperanza de la humanidad, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Todos: Amén.


PRIMER
DOMINGO

ORACIONES AL ENCENDER LA VELA DE ADVIENTO CADA DOMINGO

PRIMER DOMINGO

«LA VELA DE LA VIGILANCIA Y LA VERDAD»
ENTRADA
Canto: *Ven Señor, no tardes.*

Saludo.
Guía: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Todos: Amén.
Acto penitencial

Guía: Hermanos, reconozcamos humildemente nuestros pecados y pidamos al Señor que renueve nuestros corazones para vivir este tiempo de Adviento con fe sincera y esperanza activa.

Todos: Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor. Amén.

ENCENDIDO DE LA PRIMERA VELA

Vigilar es permanecer despiertos ante el sufrimiento del mundo. Vigilar es negarnos al olvido. Vigilar es mantener viva la memoria de quienes faltan y perseverar en la búsqueda de la verdad.
La desaparición de tantas personas ha impuesto una larga noche de incertidumbre. Pero la esperanza cristiana nos invita a mantener encendida una pequeña luz que desafía la oscuridad.

Oración

Encendemos esta primera vela como signo de la Verdad.
Que su luz rompa toda forma de silencio, disipe las sombras de la impunidad e ilumine los caminos de quienes continúan buscando respuestas.
“Señor de la historia, tú conoces el dolor de las familias que esperan. Mira con compasión a quienes viven la ausencia de un ser querido y sostén su esperanza en medio de la prueba.

Fortalece a todos aquellos que trabajan por la justicia y la defensa de la dignidad humana. Que nunca se cansen de buscar la verdad y que encuentren en ti la fuerza para perseverar.
Haznos vigilantes y comprometidos. Que nuestra memoria permanezca despierta y que nuestra fe se convierta en servicio.
Que esta primera luz sea un testimonio de esperanza y un signo de nuestra convicción de que ninguna vida puede ser olvidada.
Queremos vivir atentos a tu presencia, Señor. Queremos permanecer vigilantes para recibirte con un corazón disponible y generoso”.

Todos:
¡Ven, Señor Jesús!
¡Ven, Señor Jesús!
Se enciende la primera vela.

LITURGIA DE LA PALABRA
«Tengan cuidado, no sea que se les embote la mente… Estén despiertos en todo momento, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir» **(Lucas 21, 34.36).**

La esperanza no es pasiva; es la fuerza que sostiene nuestros pasos al buscar en la tierra, en las fiscalías y en las calles. En este primer Domingo de Adviento pedimos fortaleza para no cansarnos y para que la sociedad no sea indiferente a nuestro clamor.

Lecturas bíblicas
Primera lectura: Isaías 63,16-17.19; 64,2-7
Salmo responsorial: Salmo 79
R. Señor, muéstranos tu favor y sálvanos.
Segunda lectura: 1 Corintios 1,3-9

Evangelio según San Marcos 13,33-37

" En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Velen y estén preparados, porque no saben cuándo llegará el momento. Así como un hombre que se va de viaje, deja su casa y encomienda a cada quien lo que debe hacer y encarga al portero que esté velando, así también velen ustedes, pues no saben a qué hora va a regresar el dueño de la casa: si al atardecer, o a la medianoche, al canto del gallo, o a la madrugada. No vaya a suceder que llegue de repente y los halle durmiendo. Lo que les digo a ustedes, lo digo para todos: ¡Velen!". Palabra de Dios.

Todos: Gloria a ti Señor Jesús

REFLEXIÓN
Hermanos y hermanas:
Comenzamos un nuevo Adviento encendiendo una pequeña luz en medio de la noche. La Iglesia nos llama hoy a velar y a mantenernos despiertos. No se trata solamente de esperar el paso del tiempo ni de prepararnos para una fiesta. Se trata de vivir atentos a la presencia de Dios y comprometidos con la realidad de nuestros hermanos.

Este llamado adquiere una resonancia especial cuando pensamos en tantos hombres, mujeres, jóvenes y niños desaparecidos o asesinados en México. Su ausencia sigue siendo una herida abierta. Sus nombres siguen resonando en el corazón de sus familias. Sus historias continúan reclamando verdad y justicia.

La vigilancia cristiana es mucho más que una actitud espiritual. Es una forma de amar. Velar significa negarse a aceptar el olvido como destino. Significa mantener viva la memoria de quienes faltan y acompañar el sufrimiento de quienes los buscan.

El profeta Isaías expresa el clamor de un pueblo que anhela la intervención de Dios: «¡Ojalá rasgaras el cielo y descendieras!». Es el grito de quienes viven situaciones que parecen superar toda esperanza humana. Sin embargo, el mismo profeta recuerda que Dios sigue siendo nuestro Padre y que nosotros seguimos siendo obra de sus manos.

También san Pablo dirige a la comunidad de Corinto palabras de aliento y confianza. Les recuerda que Dios permanece fiel y que sostiene a su pueblo incluso en medio de las dificultades. Esta certeza fortalece igualmente nuestro camino. No caminamos solos. Dios acompaña la historia de quienes sufren y nunca abandona a sus hijos.

El evangelio de Marcos nos invita a permanecer vigilantes. Jesús compara la vida del discípulo con la actitud de quien espera atentamente la llegada de su Señor. Para muchas familias que buscan a sus seres queridos, esta vigilancia forma parte de su existencia cotidiana. Es una espera dolorosa, pero también valiente y perseverante. La fe cristiana no elimina el sufrimiento, pero impide que la desesperación tenga la última palabra. Nos enseña que la verdad puede tardar, pero no desaparece. Nos recuerda que Dios escucha el clamor de los pobres, acompaña a las víctimas y sostiene a quienes trabajan por la justicia.

Por eso el peor peligro no es solamente la violencia. También lo es la indiferencia. Una sociedad que se acostumbra al sufrimiento termina perdiendo la capacidad de compasión. El Evangelio nos llama precisamente a despertar, a sacudir cualquier forma de indiferencia y a reconocer que el dolor de nuestros hermanos también nos pertenece.

La esperanza cristiana nos permite mirar más allá de la oscuridad presente. Creemos en un Dios que hace nuevas todas las cosas. Creemos que el amor es más fuerte que la muerte. Creemos que la verdad terminará resplandeciendo. Mientras esperamos la venida del Señor, mantengamos encendida la lámpara de la fe. Alimentemos nuestra esperanza con la Palabra de Dios y dejemos que nuestra oración se transforme en cercanía, solidaridad y compromiso. Que este Adviento nos encuentre despiertos, vigilantes y disponibles para el Señor que viene.

PADRE NUESTRO
Guía: Unidos como una sola familia en Cristo, digamos con confianza:
Todos: Padre nuestro…

CONCLUSIÓN
Guía: Ven, Señor Jesús, Príncipe de la Paz.
Haz brillar tu rostro sobre todos los pueblos que sufren, especialmente sobre el pueblo de México. Que tu luz fortalezca a quienes buscan la verdad, consuele a quienes lloran a sus seres queridos y sostenga a quienes trabajan por la justicia. Haz que nuestra oración y nuestra fraternidad se conviertan en semillas de paz, reconciliación y esperanza para el mundo.

Todos: Y seremos salvos. Amén.

ORACIÓN FINAL
"Señor Dios misericordioso:
Tú conoces el dolor de las familias que esperan. Tú escuchas el clamor de quienes buscan a sus seres queridos y recoges cada lágrima derramada en el camino.

Fortalece a nuestra comunidad para que sea centinela de la dignidad humana y testigo fiel de tu amor. Que la luz de esta corona permanezca encendida en nuestros corazones como un signo de esperanza, memoria y compromiso.

Haz que vivamos atentos a tu presencia y perseveremos en la búsqueda de la verdad, la justicia, la paz y la reconciliación. Ilumínanos con el resplandor de Cristo, Luz del mundo, para que ninguna oscuridad nos aparte de tu amor. Y concede que quienes han desaparecido o han sido víctimas de la violencia permanezcan siempre presentes en nuestra memoria y en nuestra oración, hasta el día en que tú renueves todas las cosas en tu Reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor."

Todos: Amén.



SEGUNDO DOMINGO

SEGUNDO DOMINGO
"EL CLAMOR POR LA JUSTICIA"
ENTRADA.

Canto. Quédate Señor conmigo.
.
Guía: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Acto de Contrición.
Guía: Reconozcamos ante Dios que somos pecadores.
Todos: Yo confieso ante Dios todopoderoso, y ante ustedes hermanos que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes hermanos, que intercedan por mí ante Dios nuestro Señor. Amén.

ENCENDIDO DE LA VELA.
Oración.
Guía: Los profetas mantenían encendida la esperanza de Israel. Nosotros, como un símbolo, encendemos estas dos velas y pedimos, exigir la verdad y desmantelar la violencia que arrebata vidas en México. Pedimos por las autoridades, para que sus corazones se conviertan al servicio del dolor del pueblo.

"*Cristo de la Paz, encendemos esta vela exigiendo un México sin impunidad. Te pedimos por quienes nos faltan y por el descanso eterno de quienes fueron asesinados. Que tu paz, que sobrepasa todo entendimiento, toque* el corazón de piedra de los violentos para que confiesen la verdad y dejen de causar tanto dolor. ¡Ven pronto, Señor! ¡Ven, Salvador! "
Todos: Amén.
Se enciende la segunda vela.

LITURGIA DE LA PALABRA

«Una voz grita en el desierto: Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos; el relieve se concertará en llanura... y todos verán la salvación de Dios» **(Lucas 3, 4-6).**

Preparar los caminos implica enderezar lo torcido. Allanar los caminos exige reformas estructurales profundas en los sistemas de justicia, búsquedas eficaces e inmediatas y la dignificación de los servicios forenses.
En esta perspectiva, la "salvación" se traduce como el hallazgo de los desaparecidos, el fin de la impunidad, el cese del fuego y la reparación integral del daño, bajo un proceso de reconciliación nacional.

Lecturas bíblicas:
Primera lectura: Isaías 40,1-5,9-11
Salmo: 84 *"Muéstranos Señor tú misericordia y danos al Salvador"*
Segunda lectura: De la Segunda Carta del apóstol San Pedro 3,8-14

Evangelio según San Marcos.1,1-8

"Este es el principio del Evangelio de Jesús, mesías, Hijo de Dios. En el libro del profeta Isaías está escrito: He aquí que yo envío a mi mensajero delante de ti, a preparar tu camino. Voz del que clama en el desierto: "Preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos".

En cumplimiento de esto, apareció en el desierto Juan el Bautista predicando un bautismo de conversión, para el perdón de los pecados. A él acudían de toda la comarca de Judea y muchos habitantes de Jerusalén; reconocían sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Juan usaba un vestido de pelo de camello, ceñido con un cinturón de cuero y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Proclamaba: "Ya viene detrás de mí uno que es más poderoso que yo, uno ante quien no merezco ni siquiera inclinarme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo"
Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.

Reflexión

Cada Segundo Domingo de Adviento, la liturgia nos presenta a Juan el Bautista, la voz que clama en el desierto. En la primera lectura, Isaías anuncia el fin del castigo y ordena preparar un camino para el regreso de Dios. En el contexto de herida social e impunidad que vive México, esta profecía es una promesa de restauración: la desaparición y la muerte violenta no tienen la última palabra, pues Dios se compromete a enderezar la justicia corrupta y consolar a quienes buscan por amor a sus seres queridos.

La segunda lectura ofrece paciencia divina y la promesa de una justicia absoluta para los familiares de víctimas de desaparición forzada o asesinato. Lejos de pedir resignación pasiva, dignifica el dolor y asegura que el clamor por la verdad no ha sido olvidado.

Por su parte, San Marcos inicia su Evangelio presentando a Juan el Bautista para romper el silencio histórico: la última palabra no la tienen los perpetradores ni las fosas clandestinas, sino la irrupción de la verdad en un territorio dominado por el miedo.

Aquí, el desierto representa la aridez del duelo, la soledad institucional y los lugares inhóspitos donde se busca a los ausentes. Juan encarna a las madres, padres, hijos y defensores que enfrentan el olvido y el desdén del Estado. Dios no se manifiesta en los palacios de los gobernantes corruptos, sino en ese desierto, dignificando el sufrimiento y anunciando a alguien "más fuerte" que traerá la victoria de la Vida frente a la impotencia ante los criminales y la negligencia estatal.

El mandato de "enderezar las sendas" exige rectitud ética: desenterrar lo oculto, corregir un sistema judicial que protege a los culpables y lograr un saneamiento social donde ninguna vida humana sea descartable.
Como Familia Dominicana, nuestra fe nos compromete a denunciar esta realidad, vivir una conversión personal y comunitaria, y caminar junto a las víctimas defendiendo que cada vida es sagrada. A ejemplo de Juan el Bautista, estamos llamados a ser predicadores de la esperanza, anunciando la verdad y la justicia con la convicción de que el mal y el dolor jamás tendrán la última palabra.

PADRE NUESTRO

Guía: Unidos en una sola voz digamos:
Padre Nuestro...

CONCLUSIÓN

Guía: Ven, Señor, príncipe de la paz, haz resplandecer tu rostro y tu justicia sobre este mundo destrozado por la violencia y ayúdanos a mantener viva la lámpara de la dignidad.
Todos: Y seremos salvos. Amén.

ORACIÓN FINAL

Señor Dios de la vida y de la consolación, te damos gracias porque tu Palabra nos recuerda que la paz verdadera nace de la justicia. Te agradecemos la fortaleza que has plantado en los corazones de las familias de los asesinados y desaparecidos en México; gracias porque su amor inquebrantable y su incansable búsqueda son un testimonio vivo del Reino que esperamos. Te pedimos que sigas sosteniendo su caminar, enjugando sus lágrimas y transformando el dolor en una fuerza colectiva que exija la verdad. Que la luz de este Adviento disipe la oscuridad de la impunidad y nos comprometa a todos a construir una sociedad donde la dignidad humana sea sagrada y tu justicia divina brille por fin en nuestra tierra.

Todos: Amén


HASTA ENCONTRARTE
DESAPARECIDO
TERCER
DOMINGO

TERCER DOMINGO
«LA VELA DEL CONSUELO Y LA ALEGRÍA (GAUDETE)»
ENTRADA
Canto: Estad alegres (Gaudete)

Saludo
Guía: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Todos: Amén.
Acto penitencial

Guía: Hermanos, reconozcamos humildemente nuestros pecados y pidamos al Señor que renueve nuestros corazones para vivir este tiempo de Adviento con fe sincera y esperanza activa.

Todos: Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor. Amén.

ENCENDIDO DE LA TERCERA VELA
Hoy llegamos al tercer domingo de Adviento. La liturgia nos llama a la alegría porque el Señor está cerca. Sin embargo, nuestra alegría no es indiferente ni olvida el dolor. Nos reunimos en torno a esta corona teniendo presente la memoria de las víctimas de asesinato y desaparición forzada, fruto de la violencia, cuyas ausencias se siguen buscando incansablemente en cada rincón del país y del mundo.

Oración

Señor Jesús, Luz del mundo y Dios de toda consolación:
Hoy encendemos esta tercera vela. Su luz rosada nos recuerda que, aun en la noche más oscura del dolor, tu promesa de justicia y de paz sigue en pie.
Te presentamos esta corona en nombre de todas las familias rotas por la violencia en México. Al encender esta llama, te pedimos que tu claridad abrace a quienes hoy están ausentes, dondequiera que se encuentren, y guíe los pasos de quienes los buscan con amor indomable.

Llena de fortaleza a los familiares que caminan arrastrando el peso del luto o el tormento de la incertidumbre. Que experimenten tu consuelo divino y que su llanto sea sagrado ante tus ojos. Haz que la verdad resplandezca sobre la impunidad.

Danos la alegría que nace de la fe y de la comunidad que resiste unida. Que esta vela sea una antorcha que anuncie que la muerte y la desaparición no tendrán la última palabra, porque tú vienes a habitar entre nosotros para traernos la verdadera vida.

Todos: ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven a traernos tu paz!
Se enciende la tercera vela.

LITURGIA DE LA PALABRA

«Alégrense siempre en el Señor… Que su mesura la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. No se inquieten por nada» (Filipenses 4, 4-6).

¿Cómo alegrarnos cuando falta un hermano o un ser querido en la mesa? Nuestra alegría en este domingo de Gaudete es la certeza comunitaria de que no estamos solos: caminamos juntos como familias unidas en la fe y en la memoria.

Lecturas bíblicas
Primera lectura: Isaías 61, 1-2. 10-11
Salmo responsorial: Lucas 1
R. Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador.
Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 5, 16-24

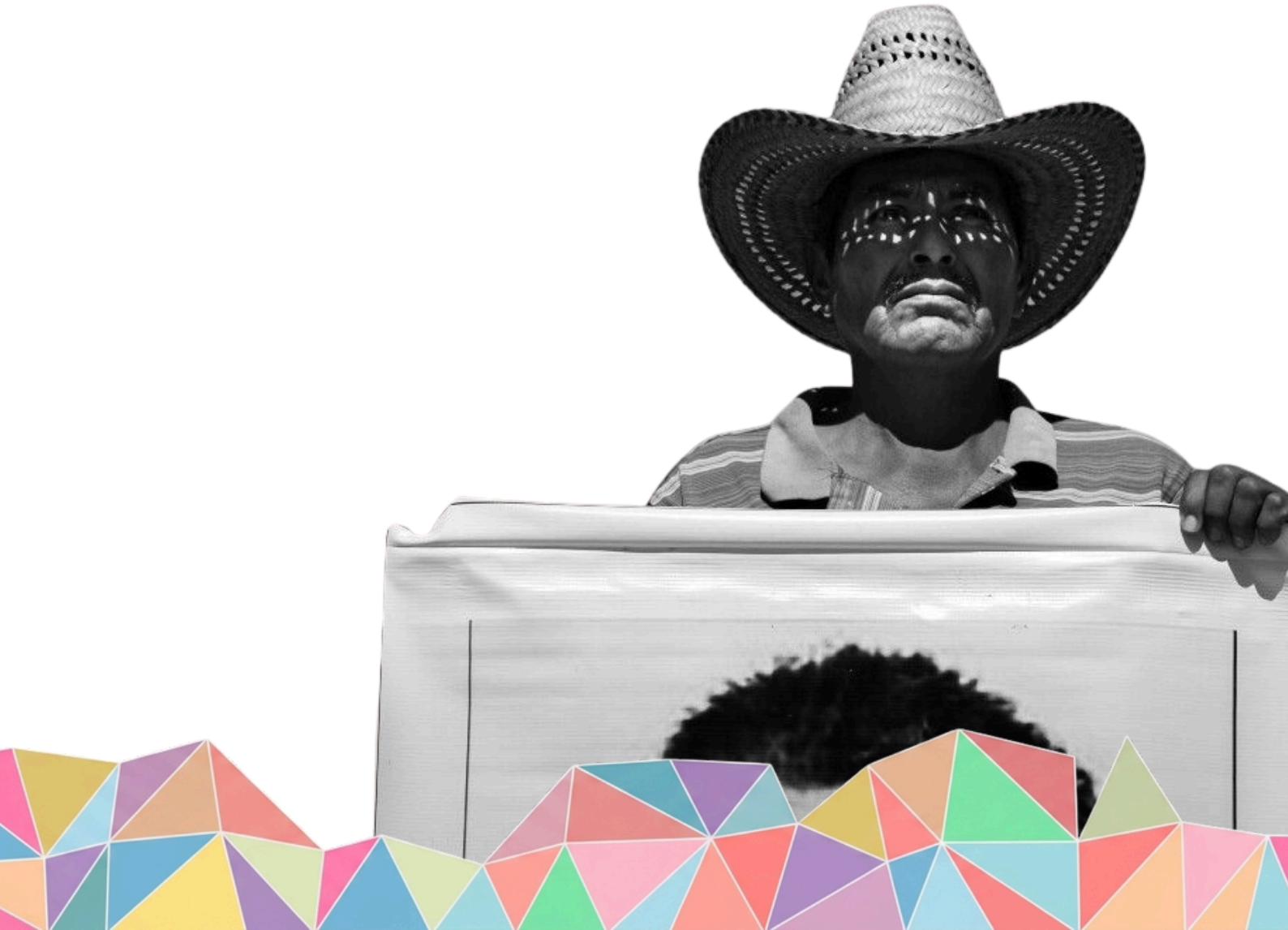
Evangelio según San Juan 1, 6-8. 19-28
"Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino testigo de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino testigo de la luz.

Éste es el testimonio que dio Juan el Bautista, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén a unos sacerdotes y levitas para preguntarle: ¿Quién eres tú?. Él reconoció y no negó quién era. Él afirmó: Yo no soy el Mesías. De nuevo le preguntaron: ¿Quién eres, pues? ¿Eres Elías?. Él les respondió: No lo soy. ¿Eres el profeta?. Respondió: No. Le dijeron: Entonces, dinos quién eres, para poder llevar una respuesta a los que nos enviaron.

¿Qué dices de ti mismo?. Juan les contestó: Yo soy la voz que grita en el desierto: Enderecen el camino del Señor, como anunció el profeta Isaías".

Los enviados, que pertenecían a la secta de los fariseos, le preguntaron: Entonces, ¿por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías ni el profeta?. Juan les respondió: Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen, alguien que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias.

Esto sucedió en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba.”
Palabra de Dios.
Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.



REFLEXIÓN

Hermanos y hermanas: el Adviento es como el amanecer, una luz que se presiente hasta llenarlo todo. Así llegamos a la tercera semana, conocida como Gaudete, que nos invita a alegrarnos porque el Señor está cerca. Nuestro profeta Juan anuncia lleno de gozo esta claridad, recordándonos que él no es la luz verdadera, sino su testigo.

La primera lectura revela la misión de Cristo, el Ungido de Dios, ofreciendo un mensaje de dignidad, justicia y memoria para las familias de víctimas de homicidio y desaparición forzada en México. Frente a la violencia y la impunidad, la Palabra consuela a quienes buscan la verdad, transformando el dolor del duelo en una promesa de reivindicación.

Por su parte, san Pablo en la segunda lectura no llama a la resignación pasiva, sino a una esperanza activa y a defender la dignidad frente a la crueldad. La alegría cristiana no es evasión, sino la certeza de que la muerte no tiene la última palabra. Dios ve el sufrimiento, reconoce la búsqueda perseverante como obra del Espíritu Santo y guarda vivos e intactos en su corazón a quienes fueron arrebatados, prometiendo vencer definitivamente a la injusticia.

Asimismo, el Evangelio de Juan nos llama a ser «testigos de la luz». Los familiares que exigen verdad realizan un acto profético frente a la indiferencia. Para los creyentes, la luz anunciada por el Bautista es una vida inextinguible: los seres queridos asesinados ya habitan en esa luz plena, libres de crueldad y abrazados por la justicia divina que el mundo les negó.

Hoy, como Familia Dominicana, los acompañamos mediante la oración —como enseñó Santo Domingo—, la solidaridad comunitaria y los lazos fraternos que sostienen a quienes siguen buscando hasta encontrar. Con la certeza de que Dios no es indiferente al dolor humano, vivimos este tiempo con esperanza activa.

No permitamos que las tinieblas cautiven nuestra mirada. Levantemos la vista hacia la luz que viene, contemplemos el pesebre y alegrémonos porque Cristo llega para iluminar nuestra historia.

PADRE NUESTRO
Guía:
Unidos como una sola familia en Cristo, digamos con confianza:
Todos:
Padre nuestro...
CONCLUSIÓN

Guía:
Señor Jesús, Luz del mundo y Dios de toda consolación: Aun en la noche más oscura del dolor, tu promesa de justicia y de paz sigue en pie. Ven, Señor Jesús, Príncipe de la Paz.
Todos:
Y seremos salvos. Amén.

ORACIÓN FINAL

Señor, transforma nuestra digna indignación y nuestro dolor en esperanza activa. Concédenos la alegría que nace de la fe y de la comunidad que resiste unida.

Que esta vela sea una antorcha que anuncie que la muerte y la desaparición no tendrán la última palabra, porque tú vienes a habitar entre nosotros para traernos la verdadera vida.

Todos: ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven a traernos tu paz!


CUARTO
DOMINGO

CUARTO DOMINGO
«LA VELA DEL AMOR Y LA PAZ»

ENTRADA

Saludo
Guía: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Todos: Amén.
Acto penitencial
Guía: Hermanos, reconozcamos humildemente nuestros pecados y pidamos al Señor que renueve nuestros corazones para vivir este tiempo de Adviento con fe sincera y esperanza activa.

Todos: Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor. Amén.

ENCENDIDO DE LA CUARTA VELA
En este cuarto domingo de Adviento nos acercamos al nacimiento de Jesús, el Príncipe de la Paz. Encendemos esta cuarta vela, signo del amor y de la paz, en honor al amor más puro, tenaz y resistente: el de las familias de México. Es un amor que no se rinde ni olvida. Es un amor tierno y fiel como el de María, quien también supo lo que significa ver a su Hijo condenado y crucificado violentamente.

Oración

Señor Jesús, Dios con nosotros, que te hiciste hombre por puro amor a la humanidad:
Al encender esta cuarta vela, te pedimos que tu amor envuelva a cada familia en México que hoy sufre la ausencia de un ser querido a causa de la violencia.

Ayúdanos a sostener un amor que busca, que resiste, que dignifica y que mantiene viva la memoria de quienes ya no están. Fortalece a las familias cuando el cansancio pese y sana sus corazones heridos por la injusticia.

Te pedimos que la luz de esta vela despierte la empatía en nuestra sociedad, para que el dolor de las familias de las personas asesinadas y desaparecidas sea acogido con solidaridad y compromiso.

Todos: ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven a traernos tu paz!
Se enciende la cuarta vela.

LITURGIA DE LA PALABRA

«Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lucas 1, 38).
María no se somete a la injusticia humana ni al poder de los violentos, sino exclusivamente a un Dios cuya esencia es la vida y la justicia. Al declararse servidora, María asume la condición de los más pequeños y oprimidos de la historia.

Lecturas bíblicas
Primera lectura: 2 Samuel 7, 1-5. 8-12. 14. 16
Salmo responsorial: Salmo 88
R. Proclamaré sin cesar la misericordia del Señor.
Segunda lectura: Romanos 16, 25-27

Evangelio según San Lucas 1, 26-38
En aquél tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de la estirpe de David, llamado José. La virgen se llamaba María.
Entró el ángel a donde ella estaba y le dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Al oír estas palabras, ella se preocupó mucho y se preguntaba que querría decir semejante saludo.
El ángel le dijo: «No temas María, porque has hallado gracia ante Dios. Vas a concebir y dar a luz un Hijo y le pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre y él reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reinado no tendrá fin"

María le dijo entonces al ángel: “Cómo podrá ser esto, puesto que yo permanezco virgen?.” El ángel le respondió: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el Santo, que va a nacer de ti, será llamado hijo de Dios. Ahí tienes a tu parienta Isabel, que a pesar de su vejez, ha concebido un hijo y ya va en el sexto mes la que llamaban estéril, porque no hay nada imposible para Dios”. María contestó: «Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho». Y el ángel le retiró de su presencia.”

Palabra del Señor.
Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.

REFLEXIÓN

Hermanos y hermanas: hemos llegado al final del Adviento, y la liturgia nos invita a contemplar el misterio de la Encarnación desde la alianza y la fidelidad de Dios.

La primera lectura se funda en la esperanza mesiánica de Israel, prometiendo un reino firme para siempre. Dios no es un espectador lejano: camina junto a su pueblo en la intemperie y acompaña la búsqueda de quienes faltan. Por su parte, san Pablo en la segunda lectura nos ancla en la certeza de que el Evangelio es fuerza de salvación sin distinción y de que la justicia divina sacará a la luz todo lo que el poder o el olvido quisieron sepultar en la penumbra.

El Evangelio de la Anunciación nos llama a vivir esta espera no con pasividad, sino como un grito de esperanza en medio del dolor. Aunque el saludo del ángel Gabriel —«Alégrate, llena de gracia»—

parezca lejano para quien busca a un ser querido, el anuncio no ignora la turbación de María, sino que irrumpe en su vulnerabilidad para asegurarle que «el Señor está contigo».
El «hágase» de María no es resignación, sino un acto de dignidad, valentía y entrega que nos exhorta a exigir verdad y justicia, aunque el camino sea difícil. Jesús es concebido en la periferia de Nazaret, haciéndose cercano a los golpeados por los poderes del mundo como el Emmanuel, el Dios con nosotros.

Cuando las fuerzas humanas se agotan y la justicia terrenal falla, el Espíritu Santo nos cubre con su sombra como fuerza de consuelo y resistencia. Por la gracia de Dios, la memoria de las víctimas se vuelve semilla de justicia, pues la violencia y la impunidad jamás tendrán la última palabra.

Así como María buscó el apoyo de su prima Isabel, como Iglesia y sociedad estamos llamados a acompañar el duelo y abrazar a las familias para que no carguen solas con el peso de la ausencia. Que en esta Nochebuena nuestra solidaridad brinde abrigo en medio de la tormenta a todas las familias de México afectadas por la violencia y las desapariciones, manteniendo viva en sus corazones la esperanza de alcanzar la verdad y la paz.

PADRE NUESTRO

Guía: Unidos como una sola familia en Cristo, digamos con confianza:

Todos: Padre nuestro...

CONCLUSIÓN

Guía:

Guardamos un minuto de silencio por las víctimas que hoy están ausentes a causa de la violencia y por el consuelo de sus familias. Hoy permanecen vivas en nuestra memoria y en nuestros corazones. (Se puede encender una vela en su honor).

Ven, Señor Jesús, Príncipe de la Paz.

Haz brillar tu rostro sobre el pueblo de México.

Todos:

Y seremos salvos. Amén.

ORACIÓN FINAL

Santísima Virgen María, Madre de la Esperanza y del Consuelo: Con el corazón puesto en la cercana llegada de tu Hijo Jesús, nos acercamos a ti con humildad y confianza.

Te encomendamos de manera especial a todas las personas víctimas de desaparición. Cúbrelas con tu manto maternal dondequiera que se encuentren. Lleva luz a su oscuridad, consuelo a su soledad y protección en medio de cualquier peligro. Que la luz de Cristo que está por nacer ilumine los caminos para que puedan ser halladas y regresar a casa.

Madre de la Dulce Espera, enséñanos a aguardar con fe activa y solidaria. Prepara nuestros corazones para recibir a Jesús, el Príncipe de la Paz, y haznos instrumentos de consuelo y esperanza para quienes sufren.

Todos: Amén.

Abg. Maricc Baldo. O.P.



CORONA DE ADVIENTO

Mes Dominicano por la Paz

México

2026

«Con la fuerza de la memoria y la verdad, sembramos justicia y paz en México»